



CAPÍTULO XIII

*Todo lo existente, en particular,
ha prestado su asentimiento á la veracidad
del dogma Eucarístico*

SUMARIO

Artículo I.—Jesucristo ha sido visto en la Eucaristía espiritualmente.

1, 2, 3, 4. Sta Coleta, Sta. Ludovina, S. Luis, Sta. María de Oignes, y el Beato Juan de Alverna.

Artículo II.—Los santos y personas devotas han visto corporalmente á Jesucristo en la Eucaristía.

1. Los santos que vieron á Cristo Sacramentado.—2. El dominico tentado de herejía.—3. El franciscano que se comía los niños.—4. El niño de la vecina.—5. El religioso extasiado.

Artículo III.—Los pecadores, herejes é infieles han visto corporalmente á Jesucristo en la Eucaristía.

1. El hebreo que enterró la santa Hostia.—2. La israelita hipócrita.—3. El sacerdote burlón, burlado.—4. Los dedos del presbítero.—5. La visión del clérigo ministrante.—6. La Hostia convertida en espigas de trigo.—7. Visión de Adalberto de Bausech.—8. Visión del wiclefista.

Artículo IV.—Todas las personas que han gustado han visto corporalmente á Jesucristo en la Eucaristía.

1. La aparición de Jesucristo Sacramentado en Douai.—2. Visión del padre de una santa.—3. Aparición del Salvador en Etén.

Cuando en testimonio de la realidad de un Misterio profundo se ha convenido toda la creación, es evidente que semejante Misterio es positivo, es verdadero. En efecto: el hombre, con sus potencias y sentidos; el irracional, con sus especies; el cielo, con sus ángeles; el firmamento, con sus astros; la tierra, con sus vegetales y minerales; los elementos, los difuntos y hasta los infernales espíritus han tes-

tificado repetidas veces de un modo solemne, que el adorable Misterio de nuestros Altares es un dogma según lo enseña la Iglesia Católica. No son ligeras estas clases de pruebas. Pechos empedernidos han sido ablandados; inteligencias extraviadas han reconocido el camino de la verdad; voluntades maliciosas han doblado su dura cerviz ante el Sacramento del Amor, con el auxilio de los argumentos que en este capítulo y siguientes vamos á exponer, argumentos que constituyen cada uno en particular un verdadero prodigio. Mas demos principio á nuestro trabajo.

Artículo I.—Jesucristo ha sido visto en la Eucaristía espiritualmente

1. En un monasterio de religiosas franciscanas estaba un sacerdote celebrando la santa Misa, cuando á la sazón Santa Coleta se hallaba también presente al Sacrificio. Impensadamente, el celebrante puso agua en el cáliz en vez de vino. Llegó la hora de la elevación, y la santa adoró á Cristo Nuestro Señor en la especie de pan, porque estaba verdaderamente consagrada, pero al elevar el cáliz no quiso adorarlo, pues sintió espiritualmente que la Sangre del Salvador no estaba en él (1).

2. Estaba postrada en cama Santa Ludovina y deseaba comulgar; mas el párroco que no sentía bien de su virtud, la llevó una Hostia no consagrada; al presentársela, dijo la virgen: ¿Por qué, padre mío, me hacéis este agravio? Sabed que sé distinguir muy bien entre una Hostia consagrada y la que no lo está. Este mismo prodigio aconteció con un obispo de París.

3. Asimismo se cuenta de S. Luis, rey de Francia, que, cuando pasaba por delante de las iglesias, conocía si en el sagrario estaba ó no el Sacramento, porque no se quitaba el sombrero donde no estaba (2).

4. La presencia real de Jesucristo en la Eucaristía fué conocida por muchos santos. Santa María de Oignes, cerrados los ojos, contemplaba la presencia de Cristo en las Hos-

(1) Surio Cartusiano, tom. 2, vida de Sta. Coleta.

(2) Idem, tom. 7.

tias consagradas. El Beato Juan de Alverna, franciscano, al acabar de pronunciar las palabras de la consagración, sentía la majestad de Cristo presente en la Hostia y en el Cáliz; y la bienaventurada Sibilina de Pavía, siendo ciega de trece años, conocía perfectamente el momento en que había sido consagrado el Cuerpo de Cristo (1).

Artículo II.—Los santos y personas devotas han visto corporalmente á Jesucristo en la Eucaristía

1. ¿Qué testimonio no dan los santos de que Jesucristo se halla realmente presente en la Eucaristía, puesto que lo vieron corporalmente en la Hostia consagrada? Santa Catalina de Sena, después de la consagración, lo veía en las manos del sacerdote como un horno de fuego ardiendo. Santa Teresa de Jesús le contemplaba de varias maneras, todas simpáticas. El Beato Nicolás Factor, al coger con sus manos la Hostia consagrada, tocaba muchas veces un pedazo de carne. S. Nicolás de Tolentino y la mayor parte de todos los santos y beatos, y siervos de Dios, le vieron con sus ojos corporales, según lo atestiguan sus biografías; visiones que por otra parte fueron corroboradas varias veces con estupendos milagros.

2. Refiere Cristóbal Moreno que un religioso dominico, maestro en teología, se hallaba tentado de error acerca de la real presencia de Cristo en la Hostia consagrada. Él mismo rogó al Señor le ausentase tan graves tentaciones, y, estando un día celebrando el Sacrificio, después de haber consagrado, se le apareció Cristo en la Hostia, quien, asiéndole de los carrillos, le dijo dulcemente: «No dudes más en mí, que yo soy». Y en efecto, quedó libre al momento de la tentación.

3. Cuéntase en la crónica de nuestra Orden un maravilloso hecho, que confirma la real presencia del Salvador en el Santísimo Sacramento. Era muy devoto de este venerable Misterio el siervo de Dios Fr. Pedro Brabante, á consecuen-

(1) P. Rivera, Historia del Smo. Sacramt. tom. 2, §. 3.

cia de lo cual, y por la infinita bondad del Señor, cuando celebraba la santa Misa mereció verle varias veces en forma de hermoso Niño. Un día que estaba ocupado en tal ministerio, le ayudaba un tierno pequeñuelo, quién, después de la consagración, vió que dentro de la Hostia había un refulgente y hermoso Niño, cuyos ojos estaban clavados en el sacerdote. Embelesado y absorto estaba el que hacía el oficio de ángel; notaba que el sacerdote, al hacer con la Hostia las cruces sobre el cáliz, meneaba al Niño. Y lo que más le espantó fué, que al llegar á la sunción cogió al Niño y lo comió. Esto que vió el pequeño monacillo, levantóse al momento y, huyendo de la Iglesia, creyendo sin duda que también iba á comerle á él, fué en busca de su padre. Presentóse á éste llorando y le dijo: «Padre, yo ya no quiero ayudar más la Misa del Padre Pedro». ¿Por qué, hijo? «Porque se come los niños». Anda, tontillo, dijo su genitor, mañana volverás á ayudarle la Misa. Al día siguiente se dirigió á la iglesia, algo receloso por si le acontecía lo mismo que el anterior. Ayudó la Misa al religioso y experimentó después de la consagración idénticos efectos que el pasado día. Cauteloso estaba en el momento de la sunción, y al ver que también se comía al Niño, huyó despavorido del templo, confirmándose en su errónea creencia. Al verle su padre, y casi dudando de lo que le afirmaba, fué con su hijo al convento y dijo al celebrante, Padre, mi hijo dice que no quiere ayudarle más á misa.—¿Por qué, querido?, respondió el santo religioso.—Porque se come los niños, añadió su interlocutor.—Vaya, vaya, dijo Fr. Pedro, que su hijo es un tontillo; no me lo comeré, pues no es tan lindo (1).

4. Memorable es el extraordinario caso ocurrido el año 1392 en Moncada, provincia de Valencia. Había en esta villa un devoto párroco al que aquejaban gravemente escrúpulos de si estaría válidamente ordenado, pues lo había sido por un obispo consagrado por el antipapa Clemente VII, y deseaba presentarse á otro obispo que hubiese sido consagrado antes del cisma á fin de recibir de éste las órdenes

(1) Cronic. Seraf., P. 2, lib. 4, cap. 27.

sagradas. Lo que le causaba mayor pena era el no consagrar la Eucaristía, en el supuesto de no estar válidamente ordenado. Debería, empero, saber que el Prelado que le ordenó era verdadero y legítimo Obispo, ya que fué consagrado por Clemente, que aunque antipapa, era no obstante legítimo obispo en cuanto á la potestad de Orden. Pues bien, estando dominado de tales horribles angustias el bueno, aunque imperito sacerdote, quiso el Señor sacarle de su ansiedad á fuerza de milagros. Celebraba en la noche de Navidad el santo sacrificio de la Misa, y estaba presente á él una niña de cuatro años acompañada de su madre. Al elevar el sacerdote la sagrada Hostia vió la niña en sus manos un hermosísimo Niño, y pensó si sería el de la vecina, la cual pocos días antes había dado á luz. La madre intentó regresar á su casa, mas su hija la rogó que de ningún modo lo hiciera, pues veía en las manos del sacerdote el niño de la vecina. Al momento juzgó la madre que su hija deliraba, por lo cual la reprendió allí mismo, diciéndola que guardase silencio, pues el sacerdote no podía tener en sus manos al infante de la vecina. Replicó, no obstante, la tierna niña afirmándose en las palabras anteriores. Viendo la madre que no podía sacar partido de su hija la llevó á casa de su vecina y la mostró el hijo de ésta, diciéndola: ¿Ves cómo á este niño no lo tenía el señor cura? Calló su hija al ver que no era el mismo parvulillo que contempló en las manos del sacerdote, pero no se satisfizo con semejante prueba. Acudieron después ambas á la tercer misa que se celebraba antes del mediodía y, al mostrar el párroco la Hostia sacrosanta, gritó de nuevo la hija que veía en las manos del sacerdote el niño de la vecina. Entonces la madre miró atentamente la Sagrada Hostia y no vió más que la Especie de pan; pero reflexionando un tanto, comprendió que el Altísimo habría hecho algún favor á su hija.

Después que el párroco hubo dado término al Sacrificio, entraron ambas en la sacristía y contó la madre las dos visiones que había tenido su hija. Quedó admirado el sacerdote, mas para confirmarse en el extraordinario suceso, las dijo que en los dos días siguientes acudieran también á la igle-

sia y oyeran su Sacrificio. Así lo ejecutaron, viendo de nuevo la niña al hermosísimo infante que admiró antes. Súpolo el párroco y preguntó á ésta qué forma tenía y qué vestido llevaba. Es pequeño, dijo, pero de extremada belleza y lleva un vestido blanquísimo y muy radiante, tanto, que iluminaba todo el templo. No satisfecho el sacerdote, mandó que la pequeñita estuviese presente al Sacrificio que él celebraría el día de S. Juan Evangelista y declaró la niña que en esta Misa vió tres veces al hermoso parvulillo; la primera, cuando levantó la Hostia para que la adorase el pueblo; la segunda, al pronunciar las palabras: *Per ipsum, et cum ipso, etc.*; y la tercera, al partir la Hostia, tiempo en que la niña contempló dos bellos niños, uno en cada media Partícula y que eran iguales entre sí. Deseó aún el párroco saber con mayor evidencia el suceso, para lo cual, en la misa que había de celebrar el día de los santos Inocentes, cogió tres formas semejantes en todo y consagró dos de ellas. Al levantar una de éstas para que la adorase el pueblo, contempló la niña la misma visión, mas después de haber terminado el Sacrificio, mandó el párroco que trajesen dos velas y, tomando él, sin saberlo la niña, la hostia consagrada en la mano derecha y la no consagrada en la izquierda, la interrogó, qué era lo que veía. Veo al hermoso niño, añadió ella, en la mano derecha, mas en la izquierda no está. Tomó entonces las hostias á la inversa, y afirmó la niña que el infante había pasado á la mano izquierda. Preguntóle uno de los presentes, si el niño tenía ojos, á lo cual respondió que los tenía muy lindos, con los que miraba muy atentamente á todos los circunstantes. Nuevo experimento hizo el párroco: preguntó á la pequeñita, si quería recibir al niño que en la Hostia veía. Respondió afirmativamente; pero al recibirlo con ilicitud cayó medio muerta en manos de su padre, rogando al párroco con voz trémula y apagada que apartase de su boca el Niño. Así se hizo, y el párroco creyó firmemente que estaba válidamente ordenado y se confirmaron todos en el dogma augusto de la Eucaristía (1).

(1) Rainald, ad ann. 1392, n.º 9.